



EL ANTES Y EL DESPUÉS

Marianela Vargas Solís*

CUENTO

Mi vida comenzó hace siete meses, dicen que me llamo Fernando y que estoy creciendo en el vientre de mi madre. Hoy es viernes y vinimos a una “cita de control”, como las llama mi mamá, venimos a estas cada mes y hoy escuché al doctor decir que me faltan dos meses más para salir, hace calor aquí y es un poco estrecha y húmeda mi habitación, la verdad si tengo ganas de salir.

Cuando llega el día, dos meses después, como bien lo dijo el doctor, escucho a mi madre gritar y me empiezo a mover más de lo que ya estaba acostumbrado en mi pequeña habitación, se abre un camino y supongo que es la salida, decido seguirlo, escucho gritos de mayor intensidad, veo mucha luz, muchas cosas, MUCHA luz... ¡Salí!

Una vez afuera, no sé qué hacer, todo es tan desconocido para mí y creo que tengo un poco de frío, así que decido llorar... Mi madre me toma entre sus brazos y siento su amor, con una mirada aun encandilada la miro y decido sonreírle, ella me mira, me besa, me ama.

Tengo tantas ganas de vivir, presiento que será una gran aventura, me siento feliz, me siento ilusionado con tanto amor, me siento

ansioso por descubrir todo lo que está aquí, afuera, afuera de mi pequeña habitación.

Los primeros seis años de mi vida fueron maravillosos, fui un niño verdaderamente feliz, tenía muchos amigos; corría, jugaba y reía todo el tiempo... Hasta que un horrible acontecimiento que cambió mi vida, sucedió...

Mi madre y yo comíamos un helado después de la escuela, ambos sentados en el parque de mi pueblo, cuando de repente, me desconecto, siento que no soy la misma persona, veo a mi madre y siento ira, hay mucho ruido en mi cabeza, todos me quieren matar, se me acerca un enorme monstruo feroz que me quiere llevar con él, decido luchar y lo golpeo, me río porque lo estoy derrotando y grito fuerte, todos me ven y me temen, gané la batalla...

Es lo último que recuerdo de ese, el peor día de mi vida, el que marcó el antes y el después, el que me cambió por completo.

Ya no tengo ganas de vivir, ya no me siento ilusionado, ya no me siento ansioso por descubrir lo que sea que esté afuera, tal vez hubiese sido mejor quedarme adentro, en mi pequeña habitación... Estoy triste, estoy deprimido, me siento diferente, soy diferente...



* Marianela Vargas Solís, Estudiante de Odontología y del Trabajo Comunal Universitario “Bienestar de la salud mental a través de la promoción, prevención y rehabilitación en la sociedad costarricense” de la Universidad de Costa Rica, 2014. Correo electrónico: nela.vs@hotmail.com



Todos me ven como un bicho raro, y cuando digo todos, son todos, hasta mi madre... Me siento solo, no tengo a nadie que me entienda, ya no siento amor, ni el de mi madre... Tal vez mi corazón ya ha dejado de palpar sin siquiera darme cuenta... Hasta cierto punto todos tienen razón, tal vez si soy un bicho raro, o peor aún, soy “el loco del pueblo” como también sé que me llaman.

Ya tengo quince años, mi madre es indiferente, todas las mañanas me da mis medicinas y sale a “trabajar”, trabajar entre comillas porque solo ella sabe en lo que trabaja, regresa tarde, muy tarde... Yo apenas es que escucho sus pasos y sin hacer un solo movimiento, en mi cama sigo durmiendo.

Mi vida es una rutina, estoy solo, mi vida ya no me pertenece.

Un día de tantos, decido huir, ya no lo soporto más... En la mañana, después la típica tostada con jalea de guayaba, el jugo de naranja y mi delicioso coctel de medicinas, me marché... Sin rumbo, sin dinero, sin comida, solos él y yo, él es Fernando, yo soy Fernando, habitamos un mismo cuerpo pero somos tan distintos.

Mi vida en las calles no anda tan mal, me alimento de los basureros, vivo en los callejones más oscuros que encuentro, tranquilo, sin que nadie me moleste, incluso él ni se ha vuelto a aparecer.

Mientras camino por uno de mis callejones favoritos me pregunto, ¿Qué pensará mi madre? ¿Le preocupo? ¿Le importo? ¿Se habrá dado cuenta de mi partida?... Cuando de repente, sopla un viento fuerte y levanta un papel, arrugado y sucio, justo frente a mis ojos.

No puedo creer lo que veo, esto realmente responde las preguntas que me acabo de hacer, el papel se titula “Anda loco suelto en la calle”, seguido de nada más y nada menos que mi foto.

Por supuesto que no han pasado dos segundos cuando él aparece... Exploto como nunca antes, predomina en mí, me agredo a mí mismo, golpeo lo que se me atravesase, tal vez ahora si entiendo porque las medicinas eran importantes, corro sin detenerme, rasgo mis vestiduras, estoy desnudo en la ciudad aunque aun llevo puesto un calcetín si eso puede significar algo, la gente me persigue, vuelven los monstruos, me quieren matar, no sé si pueda contra todos...

Me detengo y estoy acorralado, muchas personas vestidas de un mismo color me rodean, sí, es azul el color, en mi cabeza retumba un molesto sonido, intenso, agudo y constante, veo luces intermitentes, rojo, azul, rojo, azul... De pronto siento un calor que recorre mis venas y caigo al suelo... Y esto es lo último que recuerdo.

La vida continúa, los años pasan a través de mí pero yo no a través de ellos, acabo de cumplir 21, creo, o 22, o 23, da igual... Sé que sigo vivo porque respiro, pero a veces ni tan siquiera entiendo porqué lo hago o peor aún, porqué “debo” hacerlo, ¡odio las reglas!, ¡odio que me limiten!

No sé nada de mi madre desde hace 8 años, su recuerdo me deprime, así que intento evadir mis pensamientos, ella me despreció, me rechazó y me olvidó, yo no creo poder hacerlo nunca, es mi madre y madre sólo hay



una, ¡qué irónico!, ¿no?, hasta un loco sabe eso.

En una mañana como cualquier otra, en uno de mis callejones me tambaleo de un lado a otro simplemente esperando que el tiempo transcurra, cuando escucho una voz dulce y suave que dice: -- ¡Amigo! --. Como me gustaría que ese amigo a quien llama fuera yo. Escucho la voz cada vez más cerca... ¡Un momento, se está acercando hacia mí! ¿Será que es uno de los monstruos disfrazado de chica linda?, ¿qué hago?, ¿debo luchar contra ella también?

El quiere salir pero intento controlarme. -- ¡Amigo, no tenga miedo, yo quiero ayudarle! --. No entiendo, yo no soy su amigo, que extraño todo esto, realmente no entiendo lo que está pasando pero, ¡qué voz tan hermosa tiene!, siento que me tranquiliza, que me llena de paz.

-- Amigo, mi nombre es Mariana, he escuchado en los rumores del pueblo sobre su enfermedad y me gustaría poder llevarlo, si usted me lo permite, a un lugar donde sé que lo cuidarán y se sentirá mucho mejor, ¿Fernando se llama verdad? --. Apenas y le pude poner atención, me pierdo en su hermosa voz pero aún me siento confundido, no sé si sea real, no entiendo nada... Luego de mucho darle vueltas al asunto, decidí creerle y lo único que logré hacer en el momento fue asentir con la cabeza cuando me preguntó por mi nombre.

Hablamos por horas, o al menos eso sentí yo. Al principio yo no hacía nada más que responder “sí” o “no” moviendo mi cabeza, pero poco a poco me fui sintiendo cómodo y me pude expresar mejor. Llevaba tiempo sin

hablar pero aún me acordaba, o al menos eso sentí yo.

La chica paró un taxi, lo tomamos y me llevé donde me había propuesto hacía un par de minutos, a un hospital psiquiátrico. Al llegar estaba mareado, tenía como 10 años de no montarme en un automóvil; el lugar no se veía mal, hacía un poco de frío sí, pero al mismo tiempo el sol calentaba las amplias zonas verdes que se veían tras el gran portón de la entrada.

Mariana saludó al oficial que regulaba el ingreso de las personas al hospital, el cual, amablemente le sonrió y la dejó pasar, “como Pedro por su casa”, yo simplemente caminé, con la mirada caída, siguiéndole los pasos a la chica.

Había muchas personas vestidas de un mismo color. Ya no era azul el color, era celeste, ya no me acorralaban las personas, de hecho hasta parecía que no les importara que yo estuviera ahí. Eso me gustó.

Mientras caminábamos ya dentro del hospital, aunque a mí no me determinaban, muchos sí llegaban a saludar a Mariana, le pedían “100 pesos”, le pedían cigarros, le pedían “un llaverito”, le daban besos y abrazos, le ofrecían venderle un peluche, le decían “muñequita”... Todos parecían ser buenas personas.

Continuamos caminando, Mariana se dirigió a mí y me dijo: -- La doctora te va a evaluar, todo va a salir bien, estoy segura que te podrás quedar aquí y te prometo que yo te vendré a visitar, ¿sí te gustó el lugar, mejor que la calle, no? --, le sonrió tímidamente y asintió con la cabeza.



Después de la cita con la doctora, el papeleo y una eterna cantidad de preguntas, me dieron la noticia de que efectivamente me iba a quedar en ese lugar, Mariana parecía estar muy feliz, así que yo también decidí estarlo, su felicidad era de verdad contagiosa.

No me doy ni cuenta cuando ya soy uno de ellos, de los de celeste. El día aquí inicia muy temprano, en serio MUY temprano y lo primero que nos recibe a todos es una ducha fría como el hielo; yo sí que me había bañado pocas veces en mi vida, pero bueno, una vez fuera de ahí, todo es mucho mejor. La comida es deliciosa, claro, después de haber escarbado todos y cada uno de los basureros de la ciudad, pero no es tanto lo deliciosa como el montón que nos sirven y a toda hora, como “como un loco”, ¡es realmente perfecto!

Durante el día nos ponen a trabajar, hay talleres de manualidades y hay trabajo de campo, en lo personal, lo acepto, no me considero tan trabajador pero una que otra vez he recogido un par de ramas secas con el carrito y las he llevado al lugar que me ordenan para luego quemarlas.

Los viernes son de fiesta, la música, la comida y los bailes nos alegran la mañana y por la tarde “canjeamos” el trabajo de la semana por pequeños pero significativos premios.

En el tiempo que he pasado aquí la verdad me he sentido muy bien, fumo mucho, demasiado, acá los cigarros pareciera que nacen como frutos de la tierra y eso me encanta. El ha estado muy tranquilo, creo que también le gusta mucho fumar, a veces sí se aparece pero aquí nadie lo determina, aquí el es “normal”, aquí el es LIBRE.

Aún cuando la agresión, la desnudez y hasta cierto punto la asquerosidad no están ausentes en este lugar, la libertad, siento yo, es lo que más nos define. Aquí no hay reglas de aceptación social, aquí usted es quién es.

Mariana me visita cada mes, esa chica fue mi ángel, tendría que volver a nacer para así poder tener toda una vida para agradecerle lo que hizo por mí. Gracias a ella, aquí vivo en un palacio y me tratan como un rey, gracias a ella estoy bien, me siento bien.

Mi madre, en ella pienso todas las noches antes de dormir, he soñado un par de ocasiones con que me viene a visitar y aunque yo sé que eso es imposible, aunque yo no sea nadie para ella, yo la amo, es mi madre y solo espero que esté bien.

La vida sigue y el tiempo se va volando, las cosas en el hospital no varían mucho, es rutinario pero por alguna razón, agradable...

Son 30 años los que se cumplen hoy desde mi llegada al hospital, a mi palacio. Un 23 de enero que marcó... El verdadero antes y después.

He envejecido, ya casi no salgo de mi habitación, las medicinas y la comida me las da la enfermera, ahora como muy poquito, ¿quién lo diría?, casi ni me puedo mover, olvidé muchas palabras, me siento viejo, enfermo y adolorido pero ante todo, me siento feliz y juro que nunca creí volver a estarlo.

Hoy me fui a dormir temprano, mañana será otro día, otro día en el cuál ya no desperté más.